

MARIO GARCÉS DURÁN

Crisis Social y Motines Populares en el 1900



ÍNDICE

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN	5
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO UNO	
LOS ARTESANOS: IGUALDAD Y SOCORRO MUTUO	11
LOS PRIMEROS PASOS ORGANIZATIVOS	15
LA LUCHA MILITANTE	16
SAN FELIPE: EL PRETEXTO PARA LA REPRESIÓN	18
LOS LIBERALES Y LA FRUSTRADA SALIDA MILITAR	20
LOS IGUALITARIOS Y EL LEVANTAMIENTO DE LA SERENA	21
SOBRE LOS FUNDADORES DE LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD Y SUS PROYECCIONES	25
LOS ARTESANOS Y EL MOVIMIENTO MUTUALISTA	27
LA SOCIEDAD UNIÓN DE ARTESANOS	29
AVANCES FEDERATIVOS	31
PROYECCIONES POLÍTICAS DEL MUTUALISMO	32
CAPÍTULO DOS	
LOS PEONES: LA MAYORÍA DEL PUEBLO	35
LA CIUDAD CRECE CASI DIARIAMENTE	35
LOS PEONES: LA MAYORÍA POPULAR	40
Y LA CIUDAD QUE TERMINÓ POR ATRAPAR A LOS MÁS POBRES	46
CAPÍTULO TRES	
LOS OBREROS: DISTINTAS VERTIENTES DE PROLETARIZACIÓN	51
ORIGEN MINERO E INDUSTRIAL	51
HEGEMONÍA MERCANTIL Y MINERÍA DEL COBRE	54

LAS EXPLOTACIONES CARBONÍFERAS	58
EL TRANSPORTE Y EN ESPECIAL EL FERROCARRIL	61
LA INDUSTRIA METALÚRGICA	68
OTROS ESTABLECIMIENTOS INDUSTRIALES	70
LA INDUSTRIA POPULAR	71
LA MINERÍA DEL SALITRE	73
CAPÍTULO CUATRO	
LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA PROTESTA POPULAR	79
¡LA CUESTIÓN SOCIAL EXISTE!	83
LA VIVIENDA POPULAR	85
EL DETERIORO DE LA SALUD DEL PUEBLO	88
Y PARA COLMO, INFLACIÓN	91
CONDICIONES DE TRABAJO, UNA CAUSA FRECUENTE DE PROTESTAS	93
LA PROTESTA POPULAR: LA OTRA CARA DE LA CUESTIÓN SOCIAL	95
VALPARAÍSO 1903: LA HUELGA MARÍTIMA	95
12 DE MAYO: EL DÍA DE LA “ACCIÓN DIRECTA”	103
FINALMENTE LAS COMPAÑÍAS CEDEN	107
SANTIAGO, 1905: LA HUELGA DE LA CARNE O LA SEMANA ROJA	111
ANTOFAGASTA 1906: POR UNA HORA Y MEDIA PARA ALMOZAR	116
IQUIQUE, 1907: LA MAYOR VIOLENCIA EN CONTRA DEL PUEBLO	120
CAPÍTULO CINCO	
LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y LOS DILEMAS DE LA POLÍTICA POPULAR	131
MUTUALISTAS Y DEMÓCRATAS	134
MUTUALISMO Y RESISTENCIA	137
LAS MANCOMUNALES	141
LAS DIVERSAS OPCIONES PARA CONFIGURAR UN PARTIDO SOCIALISTA	143

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Han transcurrido más de diez años de la primera edición de este libro, que vio la luz a mediados de 1991, es decir cuando se iniciaba el proceso de transición a la democracia en Chile. Sentía, entonces, la necesidad de “no olvidar” la historia del pueblo, que junto a otros jóvenes historiadores habíamos animado en diversos “talleres de memoria” en los años ochenta. Entonces, no solo habíamos aprendido de la historia del pueblo, escuchando sus voces, sino que entendimos también que la memoria era una forma de resistir a la dictadura.

Los años transcurridos me han confirmado la necesidad de la memoria, ya que la mayor debilidad de la democracia reconquistada ha sido justamente la débil presencia del pueblo en los debates e iniciativas que debieran hacer más participativa y más igualitaria nuestra sociedad. Y si algo caracteriza el siglo XX, hasta antes del golpe, son justamente las orientaciones democráticas, no solo en la política, sino que en lo social y lo económico, que constituyeron al movimiento popular en Chile cuando se iniciaba el siglo XX.

Los años noventa, desde el punto de vista de la historiografía, han sido extremadamente productivos, de tal modo que hoy contamos con una diversidad de trabajos que dan luces sobre temas y coyunturas cruciales de la historia social y política chilena. Cuando escribí este libro, muchos de estos trabajos aun no se publicaban, razón por la cual no pudieron ser referidos. Sin embargo, recoge este trabajo las producciones de los años ochenta, y la experiencia en el campo de la Educación Popular, como en el de la docencia universitaria, me indican que aun sirve como una introducción general para el estudio de los orígenes del movimiento popular en Chile. Sobre todo para las nuevas generaciones abre una ventana al Chile popular que se forjó en la segunda mitad del siglo XIX y que se animó a luchar con energía y creatividad cuando se iniciaba el siglo XX, en medio de la cuestión social, y cuando era necesario echar las bases de una “política popular”. El siglo XX no puede ser entendido sin los caminos que recorrió esta política que se forjó primero en las bases mismas del pueblo y que alcanzó un punto culminante en la experiencia de la Unidad Popular en los años setenta.

INTRODUCCIÓN

Hay coyunturas especialmente inquisidoras para la historia de las sociedades. Normalmente se trata de aquellas que siguen a una ruptura o fractura histórica profunda. Tal es el caso de la coyuntura que sigue al golpe militar de 1973.

Las preguntas a la historia surgieron entonces desde diversos sitios y también desde distintos actores. En el pueblo, la mayoría de las veces fueron preguntas que convergieron en torno a la cuestión de su identidad social y política. Por ello, a fines de los setenta se multiplicaron los cursos de historia del movimiento obrero en variadas iniciativas de educación popular entre jóvenes, sindicalistas, pobladores y estudiantes universitarios. Este era un modo de afirmar la identidad popular frente a las irracionalidades del poder y la violación persistente de los derechos humanos y sociales. Pronto se hizo evidente, sin embargo, la necesidad de hurgar más en la historia popular, que no era únicamente obrera. Cada iniciativa popular que surgía, entre las mujeres, los cristianos, los pobladores se interrogaban también sobre su propia historia, que no cabía en los márgenes limitados de la historia del movimiento obrero.

Estas preguntas y estas inquietudes han sido el principal estímulo para investigar y ahondar en la historia popular buscando reconocer en ella ciertas claves que contribuyan a esclarecer sus principales derroteros, porque no habrá salidas sociales y políticas estables y relativamente satisfactorias para las mayorías populares si no se procesa nuestra historia social popular. Una historia contradictoria, atravesada por profundos conflictos económicos y sociales que aun no encuentran resoluciones adecuadas. Para quienes, justamente, han reclamado y buscado persistentemente formas más humanas y más vivibles de convivencia social.

Es que habitualmente, la vida se ve de modo distinto desde el “reverso de la historia”. Para el pueblo, la vida, bien sabemos, no viene como un regalo. No hay estructuras económicas y sociales que aseguren de antemano las condiciones de sobrevivencia y convivencia social. La mayor parte de las veces la vida es una posibilidad que hay que labrarse con instrumentos propios, los que se heredan y los que se adquieren al hacerse socialmente.

Es por ello que las identidades sociales populares normalmente se construyen y se recrean históricamente con más fluidez y con más urgencias que la de los que participan del poder y de las estructuras económicas dominantes.

No es extraño en este sentido que en ciertos períodos históricos y para ciertos sectores del pueblo el acceder a la condición obrera haya sido un punto de llegada luego de un largo peregrinaje peonal. Tampoco es extraño que bajo otras condiciones históricas, acceder a la clase media haya constituido para ciertos sectores obreros una forma –más simbólica que real– de ascenso social. Pero justamente cuando las condiciones para la reproducción de la vida se modifican fuertemente entre los sectores populares, las identidades necesariamente se recrean y reformulan. También se modifican y enriquecen los proyectos populares que germinan desde esas identidades.

La nación chilena, en este sentido, no puede ser vista como la superposición de personajes folclóricos de ayer y de hoy. Chile tiene muchos elementos como para montar coreografías post-modernas. Pero no es post-moderno. Nuestra historia popular está plagada más bien de las más diversas formas y ensayos, simplemente, para recrear la vida y para oponerse con fuerza a las también más diversas formas de opresión y dominación. Estas fuerzas vitales que recorren nuestra historia popular nos han impedido sucumbir no solo a las tragedias naturales, sino que también a las extremas formas de sobreexplotación del trabajo y a los regímenes de fuerza.

La historia popular es una historia de iniciativas prácticas y concretas que han germinado una y otra vez: Para explotar el desierto y seguir vetas mineras existentes o inexistentes; para hacer prosperar el campo y asegurar la sobrevivencia de unos cuantos, para emigrar a todos los sitios posibles en que alguien afirmó que era posible vivir mejor, para organizar la solidaridad y hacer frente no solo a la aflicción de un vecino del conventillo sino que para estructurar sociedades mutuales. Iniciativas también para resistir al capital y protagonizar sucesivos paros y huelgas y bajar a Iquique cuando fue necesario hablarles de frente a los empresarios y al gobierno. O quemarles a los ingleses su casa de negocios en Valparaíso, cuando no había más opciones y porque era de justicia hacerlo.

Historia también llena de proposiciones para industrializar el país y buscar convencer a los parlamentarios que debían cambiar de oficio o atender lo que efectivamente ocurría en las bases. Proposiciones para pensar la democracia desde las comunas y las regiones y no convertirla en asunto de ritos, encubrimientos y ceremonias oficiales. Proposiciones para poner en el centro del “desarrollo” las necesidades y condiciones mínimas de subsistencia de la mayoría del pueblo.

Por todo esto y mucho más, la historia social popular, particularmente la del siglo XX, se confunde con la historia política. Porque la historia popular está preñada de proyectos de transformación de la vida social que se encuentra y –las más de las veces– se desencuentra de nuestro sistema de partidos.

Por estas mismas razones, en la historia del movimiento popular chileno, la política popular ha estado siempre “condicionada” desde abajo; desde los movimientos sociales populares que en la medida que han alcanzado mayores grados de desarrollo y articulación han obligado a los partidos a tomar posiciones y a cumplir roles históricamente más eficaces.

Por ello también, en los orígenes del movimiento popular del siglo XX, fue necesario plantearse la necesidad de gestar y generar desde el movimiento social partidos políticos populares. Aquí no fue primero la implantación de una doctrina o de un programa. Primero fue la práctica social de quienes organizaron la solidaridad y luego la resistencia a la explotación económica y social. La política vino después; el partido fue un segundo momento en la gestación de una política popular.

Esto forma parte de la tradición y de la identidad nacional. Por ello también han fracasado todos los proyectos de democracia restringidas. Simplemente porque tales proyectos son la negación del autogobierno y carecen de legitimidad social en la mayoría del pueblo.

La historia popular, en suma, más allá de todas las opresiones y alienaciones que permanentemente ha debido encarar, tiene la ventaja de su enorme capacidad para crear, para labrar, para imaginar la vida de modos y formas que el poder y la dominación ignoran. Por eso es que este acontecer nunca termina de sorprender a quienes piensan que la historia se agota en las estructuras políticas y económicas dominantes.

El trabajo de recopilación histórica que ofrecemos a continuación busca contribuir a la difusión de ciertos pasajes y sucesos de nuestra historia popular. En los primeros tres capítulos, les seguimos la pista a tres actores populares relevantes en el siglo pasado: los artesanos, los peones y los proletarios. En el primer caso, centramos nuestra atención en La Sociedad de la Igualdad y el movimiento mutualista, iniciativas ambas que comprometieron el protagonismo social y político de los artesanos en la segunda mitad del siglo XIX. En el caso de los peones insistimos en su origen, sus estrategias de sobrevivencia y su impacto en la ciudad de Santiago cuando comenzaron a arribar masivamente.

Con los obreros, a pesar de existir diversos estudios, la información respecto de los orígenes de la clase resultó ser dispersa, escasa y poco sistemática. Ello nos obligó a seguirles la pista en ciertas ramas de la producción –en la minería, la industria manufacturera y el transporte– que constituyeron verdaderas “vertientes de proletarización”. El esfuerzo arrojó por ahora, como resultado, una visión más bien descriptiva de los primeros núcleos obreros.

En conjunto, artesanos, peones y proletarios configuraban los principales grupos populares urbanos que animaron y dieron vida a una extendida sociedad popular en las principales ciudades de nuestro país en la segunda mitad del siglo pasado. Una “sociedad” que con importantes grados de autonomía del Estado demostró una enorme capacidad para reproducir, en condiciones evidentemente adversas, sus modos y formas propias de vivir. Una “sociedad popular” que hacia 1900 enfrentó una de sus más agudas crisis históricas, cuando los caminos de subsistencia peonal se agotaban, los artesanos veían limitadas sus posibilidades de desarrollo y los obreros hacían frente a la soberbia y la indolencia de los empleadores y del Estado, que no querían ver la profundidad social que alcanzaba la crisis de la subsistencia popular.

La crisis de la sociedad popular, hacia 1900, nos llevó a indagar en la denominada “cuestión social”, que no había más posibilidad que ver, a estas alturas, en su doble manifestación.

Como deterioro de las condiciones de subsistencia popular y como protesta social en contra de ese deterioro. Seguimos así en el capítulo IV los principales movimientos de protesta: en Valparaíso el año 1903, en Santiago el año 1905, en Antofagasta el año 1906 y en Iquique el año 1907. Todo un ciclo de protestas populares que pusieron en juego las capacidades de acción del movimiento popular chileno y que al mismo tiempo hicieron manifiesta la incapacidad de la élite para estructurar una respuesta adecuada a la crisis.

Finalmente, el capítulo V, sin pretender ser conclusivo, ofrece algunas pistas de reflexión en relación a las formas y los significados que fue adquiriendo la politización popular en la primera década del presente siglo.

En este trabajo hemos combinado el uso de fuentes primarias y secundarias, dando cuenta de modo importante de muchas investigaciones realizadas en los últimos años, pero que no han alcanzado, como producto de las condiciones económicas y culturales imperantes en el país, una mayor difusión. El lector que desee profundizar en algunos de los temas tratados, encontrará la nota respectiva con la obra a que se hace referencia.

Mis agradecimientos a Marcela Segall, que participó activamente en el proceso de investigación; a Susana Mena, que revisó el texto y sugirió múltiples mejoras para su redacción final; a Fernando Ossandón por sus diversos aportes; a Pedro Milos, Gonzalo de la Maza, Fernando Castillo y Gabriel Salazar por sus valiosos comentarios y a Carolina Gutiérrez y en especial a Mercedes Acuña, que transcribieron con afecto y dedicación el texto definitivo. A CCFD (Comité Catholique contre la Faim et pour le Developpment) y ECO (Educación y Comunicaciones) que hicieron posible materialmente la investigación y a Guillermo Miranda y Juan Antonio Garcés por sus diversos y valiosos aportes.